

## CONOCIMIENTO Y EMOCION

Diana Maffía  
(Universidad de Buenos Aires)

Hay por lo menos dos problemas importantes que tienen que ver con el título de esta ponencia. Uno de ellos es el de la interfaz entre conocimiento y emoción; el otro, no menor, es el de considerar las formas posibles de conocer las emociones (en particular, las emociones de otras personas).

Considerar la interfaz entre conocimiento y emoción tiene varios abordajes. En buena parte de la tradición filosófica las dimensiones de la experiencia cognitiva, intelectual o racional han sido consideradas como separadas y superiores a la emocional o sentimental. Paralelamente, se atribuye al conocimiento y la razón un dominio masculino, reservando para el femenino emociones y sentimientos. Durante siglos esta atribución sirvió de justificación para dejar a muchos sujetos, en particular a las mujeres, fuera del ámbito de la educación superior, la política y hasta la evaluación moral de sus acciones, confinándolas al ámbito de lo doméstico, el analfabetismo, la subordinación y la tutela. Así, conocimiento/emoción y masculino/femenino conforman una doble dicotomía, exhaustiva y excluyente, junto a otras (objetivo/subjetivo, universal/particular, público/privado etc.) a la vez jerarquizadas y sexualizadas. Uno de los términos de este par, invariablemente el “masculino”, tiene valor epistémico; el otro no. Uno de los términos también se identifica con los productos más valiosos de la cultura (la Ciencia, el Derecho), lo que expresado en términos políticos configura relaciones hegemónicas de poder.

Un modo de tratamiento, entonces, es el de considerar la relación entre conocimiento y emoción como una dicotomía. En la filosofía contemporánea, sin embargo, las emociones reciben una atención específica. Creo que en ello han tenido que ver al menos dos hechos. En primer lugar, la necesidad de llevar a sus últimas consecuencias la analogía entre la mente y la computadora, que permite a través de una metáfora explicar el procesamiento humano de la información. Sobre todo el diseño de “sistemas expertos”, requiere tomar en cuenta las emociones como un dato para limitar las infinitas alternativas posibles en la elección racional.

Así, el estudio de las emociones paradójicamente parece hacer una contribución a la comprensión de la racionalidad. Las nociones más claras asociadas con la racionalidad son la *coherencia* y la *consistencia* en la esfera de las creencias, y la *máxima utilidad esperada* en la esfera de la acción. Pero esas nociones son puramente críticas. Por sí mismas, serían casi incapaces de guiar un organismo hacia algún curso de acción particular. Pues la cantidad de objetivos lógicamente posibles para algún momento particular es virtualmente infinita, y la cantidad de estrategias posibles que pueden ser empleadas para lograrlos es de un orden de magnitud mayor.

Por otra parte, al considerar posibles estrategias, el número de consecuencias de cada estrategia es nuevamente infinito, así que a menos que pueda efectuarse alguna preselección drástica entre las alternativas, la evaluación nunca podría completarse. Esto hace surgir lo que entre los cognitivistas se conoce como el “problema del marco”: al decidir entre algún rango de acciones posibles, la mayoría de las consecuencias de cada una debe ser eliminada de consideración a priori. Es decir, sin haber sido nunca tomada en consideración. Que este sea un problema para las máquinas y no para la gente, es en gran parte debido a la capacidad de nuestras emociones.

Las emociones dan marco a nuestras decisiones de dos maneras importantes. Primero, definen los parámetros tomados en cuenta en cualquier deliberación particular. Segundo, en el proceso de deliberación racional mismo, dejan sobresalir sólo una minúscula proporción de las alternativas disponibles y de los hechos relevantes concebibles. Así las emociones (independientemente de ser ellas mismas consideradas racionales o irracionales) serían importantes

para la racionalidad, porque rebajan a una medida manejable el número de consideraciones relevantes para la deliberación racional, y proporcionan el marco indispensable sin el cual la cuestión de la racionalidad ni siquiera podría surgir (DE SOUSA 1994).

Un segundo aspecto que –me parece- explica la relevancia que tiene actualmente el tema de las emociones, es el desarrollo de los estudios teóricos feministas que reclaman una consideración de la valoración que han recibido aspectos como la corporalidad (sobre todo, la corporalidad sexuada) y la emocionalidad en relación con la filosofía y la ciencia. Según estos estudios, el tomar las diferencias masculinas como paradigmáticamente humanas, ha impreso en la ciencia y la filosofía un imperativo espurio en cuanto a los modos legitimados de conocimiento.

Nos acercamos así al problema de cómo conocer las emociones, y la diferencia entre un conocimiento de “primera persona” y de “tercera persona”. En general, cuando los científicos estudian la emoción, distinguen entre los datos que reciben del sujeto y sus inferencias sobre ellos. Pero debido a que las emociones no siempre son cuantitativamente medibles, o correctamente registradas o descritas por los sujetos, es difícil que se vuelvan un “dato” para la investigación.

Algunas críticas sostienen que la principal razón para negar el estudio del sentimiento y la emoción es que los científicos sociales, como miembros de la misma sociedad que los actores que estudian, comparten los mismos sentimientos y valores. Pero no siempre es así, y el reclamo feminista es precisamente que aún cuando se observan mujeres, se les atribuyen características en lugar de recoger sus propias valoraciones. Si se quisiera realizar una sociología de las emociones, primero habría que estudiar qué y cómo piensa la gente sobre ellas, y debería efectuarse una perspectiva desde el actor sintiente, para que los investigadores consideren la propia definición del actor de sus sentimientos. Podríamos enmarcar esta observación en la crítica que Alfred Schutz hace a Max Weber en cuanto a los alcances de la “comprensión” como método de investigación social (SCHUTZ & LUCKMANN, 1973).

Un cognitivista clasificó la cuestión de la emoción como uno de los doce desafíos más importantes para la ciencia cognitiva (NORMAN 1981). Ello instó a otros autores (ORTONY *et al* , 1988) a explorar la medida en que la psicología cognitiva podía proporcionar un fundamento viable para el estudio de las emociones. Si se puede explicar que la misma cosa pueda ser percibida desde perspectivas diferentes –argumentaban- podría explicarse por qué las personas experimentan emociones diferentes en respuesta al mismo acontecimiento objetivo.

Con este enfoque pretenden tender un puente en la disociación entre las teorías cognitivas y las teorías de la emoción, basada entre otras cosas en la aludida metáfora informática del procesamiento humano de la información. Claro que toman sólo una de las direcciones posibles del puente: aquella que lleva a las emociones por el camino de las cogniciones.

El proyecto consiste en describir cómo se produce una valoración cognitiva de la emoción, cómo se organizan ciertas emociones específicas, y los procesos cognitivos implicados en su desencadenamiento; en suma, demostrar que es posible dar cuenta, objetiva y sistemáticamente, de los antecedentes cognitivos de las emociones. Los sistemas emocionales, a medida que se describen, se asocian además a una visión cultural concreta del mundo.

No hay todavía una medida objetiva conocida que pueda establecer de forma concluyente que una persona está experimentando una emoción específica, de la misma manera que no hay forma de asegurar que está experimentando un color específico. Sin embargo en la práctica estamos dispuestos/as a tratar como válidos los informes de la gente sobre sus emociones.

Puesto que las emociones son experiencias subjetivas, como la sensación de color o de dolor, la gente tiene acceso directo a ellas, de tal manera que si una persona está experimentando miedo, por ejemplo, esa persona no puede equivocarse respecto al hecho de que está experimentando miedo. Aunque no se niega con esto que pueda equivocarse en algún aspecto significativo del mundo que *causa* su miedo, o pueda no ser capaz de expresar en palabras la emoción.

En los informes personales de las emociones, a veces evaluamos el relato de otro, si sus emociones son apropiadas o inapropiadas, justificables o injustificables, verdaderas o falsas. Al evaluarlas nos basamos en nuestras propias intuiciones acerca de las condiciones en las que pueden surgir normalmente las diferentes emociones. Por consiguiente, en el estudio científico de las emociones no deja de ser razonable apelar a nuestras intuiciones acerca de qué estados emocionales son producidos ordinariamente por cierto tipo de situaciones.

Por supuesto, es posible determinar si tales intuiciones son compartidas o no por los demás, aunque el hecho de que sean compartidas no hace menos problemática la verificación de la precisión empírica de tales intuiciones. Si una persona no comparte el significado consensuado de los términos acerca de la emoción, o es emocionalmente anormal, o miente, su informe personal puede ser inválido. Pero tales excepciones presuponen un trasfondo de información confiable por su pertinencia.

Vinculado a este hecho está la diferencia entre teorías científicas y teorías populares de las emociones. Al igual que la visión ingenua sobre los fenómenos físicos no guarda a veces relación con las teorías científicas que dan cuenta de ellos, lo mismo podría ocurrir con las teorías populares en relación con las teorías científicas sobre la emoción. Pero hay una diferencia muy relevante, y es que a diferencia de los fenómenos que la física ingenua organiza, que son externos al sistema que juzga, los fenómenos que una teoría popular de la emoción organiza son experiencias subjetivas que forman parte del sistema que juzga: su carácter de verdaderas no está en discusión.

Su corrección está garantizada casi de la misma manera que la corrección de los juicios de gramaticalidad de los hablantes nativos de una lengua. Los lingüistas y psicolingüistas suponen que los hablantes nativos tienen un conocimiento tácito de la gramática de su lengua, que es difícil o imposible de articular. Una parte importante de la tarea del lingüista es describirla, haciendo explícitos los principios implícitos incorporados en la experiencia lingüística normal de los hablantes nativos. De forma semejante, la tarea de quien pretende descubrir la “gramática” de las emociones, es hacer explícitos los principios implícitos incorporados en la experiencia emocional normal. Es un ejercicio teórico que puede ser contrastado empíricamente.

Las emociones tienen muchas facetas. Incluyen sentimientos y experiencia, incluyen fisiología y conducta, e incluyen cogniciones y conceptualizaciones. Puede investigarse la expresión de las emociones en el gesto y el lenguaje. Pero la originalidad del trabajo que nos proponemos reseñar es que analiza la contribución que la cognición hace a la emoción. Se trata de diferenciar las emociones, caracterizándolas de acuerdo con las diferentes clases de cogniciones que las producen.

Las emociones, según estos autores, surgen como resultado de la manera como las situaciones que las originan son elaboradas por quien las experimenta. El aporte teórico consiste en imponer alguna estructura en el número ilimitado de situaciones posibles desencadenadoras de emociones, y especificar la estructura psicológica de las emociones según descripciones personales e interpersonales en situaciones.

Se pretende asimismo dar cuenta del hecho de que hay diferencias individuales y culturales significativas en la experiencia de las emociones. Lo que se afirma es que si un individuo conceptualiza una situación de determinada manera, entonces existe la potencialidad para un particular tipo de emoción. No se intenta especificar los mecanismos que determinan que una situación sea conceptualizada de una manera u otra (lo cual origina las diferencias individuales y culturales, y es tema de la psicología cognitiva).

El interés que tiene este estudio de la emoción es que a pesar de ser uno de los aspectos más centrales y omnipresentes de la experiencia humana, su valor para nuestra vinculación con el mundo y con los otros no había recibido un tratamiento que permitiera una sistematización y un vínculo con los desarrollos en inteligencia artificial que permiten un posterior tratamiento informático.

A la vez que las emociones dan color, profundidad y riqueza a la experiencia humana, pueden también causar rupturas espectaculares en el juicio y en la acción. Tales rupturas pueden tener consecuencias profundas y, a veces, terribles para los individuos y para la sociedad.

Al intentar comprender a un sujeto, reconstruimos su interpretación de una situación y suponemos que tiene una reacción con valencia (es decir, positiva o negativa) ante la situación. La interpretación junto con la reacción desemboca de ordinario en alguna especie de cambio en el juicio o la conducta del sujeto. Si las condiciones desencadenantes de una emoción han de ser efectivas, el individuo que las experimenta tiene que codificar la situación pertinente de una manera específica. Y puesto que interpretar el mundo es un proceso cognitivo, las condiciones desencadenantes de las emociones incorporan las representaciones cognitivas que resultan de tales interpretaciones.

Las emociones son muy reales y muy intensas, pero sin embargo proceden de las interpretaciones cognitivas impuestas a la realidad externa y no directamente de la realidad misma. Es en este sentido que los autores atribuyen a las emociones una base cognitiva radical y profunda. Que las emociones impliquen siempre algún grado de cognición no equivale a decir que la contribución de la cognición sea necesariamente conciente. Decir que las emociones surgen de las cogniciones es decir que están determinadas por la estructura, contenido y organización de las representaciones cognitivas y por los procesos que operan sobre ellas.

Con vistas a dar cuenta con coherencia de las emociones, es esencial reducir de alguna manera la infinitud de emociones fenoménicamente posibles a proporciones manejables. Los autores eligen para ello una “tipificación” de las emociones. Se centran en los distintos *tipos* de emoción en lugar de en la multitud de estados emocionales distinguibles. De modo que la cuestión es cuáles son los distintos tipos de emociones, y cómo se relacionan unos con otros.

Una técnica para explorar la validez de la teoría es la de emplear las herramientas de la inteligencia artificial, en un intento de proporcionar un modelo de la teoría. La finalidad de tal empresa no es crear máquinas con emociones, sino crear un modelo informático que pueda “comprender” qué emociones estaría propensa a experimentar la gente bajo tales o cuales condiciones. Tal sistema debería ser capaz de predecir y explicar las emociones humanas, no de tenerlas. En la medida en que las predicciones y explicaciones de un sistema informático concuerde con las de los seres humanos, se puede confiar en que el sistema incorpora un modelo razonable de los orígenes cognitivos de las emociones.

Al presentar la estructura global de su descripción de los tipos de emoción, Ortony y sus colaboradores comienzan suponiendo que hay tres aspectos principales que debemos tomar en consideración acerca del modo en que podemos percibir el mundo o cambios en el mundo: *acontecimientos*, *agentes* y *objetos*. Cuando nos concentramos en los acontecimientos, lo hacemos porque estamos interesados/as en sus consecuencias; cuando nos concentramos en los/as agentes, lo hacemos en razón de sus acciones; y cuando nos concentramos en los objetos, estamos interesados/as en ciertos aspectos de ellos, o propiedades que se les atribuyen en tanto que objetos.

Para la posición de los autores es fundamental la idea de que las emociones son *reacciones con valencia*, y de que cualquier reacción concreta con valencia es siempre una reacción a algunas de estas perspectivas del mundo. En la estructura global que proponen, hay tres ramas principales que corresponden a tres maneras de reaccionar ante el mundo, según las tres clases de cosas ante las que se pueden tener reacciones con valencia (consecuencias de los acontecimientos, acciones de los/as agentes y aspectos de los objetos), donde cada rama está asociada con una amplia clase de reacciones afectivas. El que estas reacciones afectivas se experimenten o no como emociones depende de lo intensas que sean.

La distinción entre reacciones ante acontecimientos, agentes y objetos da lugar a tres clases básicas de emoción: *estar contento/a* frente a *disgustado/a* (reacción ante acontecimientos), *aprobación* frente a *desaprobación*

(reacción ante agentes) y *agrado* frente a *desagrado* (reacción ante objetos). Estas tres clases de emociones básicas pueden a su vez diferenciarse en varios grupos distintos de tipos de emociones.

Los esfuerzos de Ortony parecen dirigidos a sacar a las emociones de su lugar de barreras para el conocimiento, y de productos desesperadamente idiosincráticos. Pero también son la expresión de las limitaciones de los intentos de los cognitivistas por reproducir los mecanismos de solución de problemas a través de sistemas expertos, tomando en cuenta meramente aspectos descriptivos y racionales. Los aspectos más interesantes de la intencionalidad emocional, sin embargo, quedan afuera; porque el objetivo de la teoría es más técnico que filosófico.

Hay detrás de todo este esfuerzo una voluntad de dominio, pues lo que precisamente interfiere la idiosincracia es la posibilidad de hacer predicciones precisas sobre la acción humana. En esto las mujeres hemos sido expertas en desesperar teólogos, filósofos, psicólogos y –a partir del voto femenino– políticos. Tal posibilidad de predicción sería provechosa para la política y el mercado consideradas como esferas globales. La posibilidad de someter las condiciones emocionales a las cognitivas, y expresarlas en términos binarios pasibles de cálculo, sería una redituable empresa intelectual en un marco geopolítico-económico como el actual.

Hace su eje, por otra parte, en una mente individual, y no en una construcción intersubjetiva. La intersubjetividad es usada para evaluar la corrección o no de las emociones, es un criterio de adecuación. Y no se distingue adecuadamente entre los relatos en primera persona y en tercera persona sobre las emociones, porque se presupone la corrección de la propia experiencia.

Cuando presentamos la posición de Ortony, señalamos que tendía un puente en una sola dirección: del conocimiento a la emoción. Una dirección inversa, y que implica un trasfondo político completamente diferente, es la que ofrece en cambio el análisis de Maturana sobre las emociones desde la perspectiva de la biología del conocimiento. Maturana opone dos modelos biológicos: el de la competencia y el de la cooperación, indicando que es la cooperación en la convivencia lo que constituye lo social. Tomar la racionalidad como característica de lo humano es un obstáculo para la comprensión, porque relega la emocionalidad a un aspecto animal. Todo sistema racional –afirma– tiene fundamento emocional. Desde el punto de vista biológico, lo que connota cuando habla de emociones son “disposiciones corporales dinámicas que definen los distintos dominios de acción en que nos movemos. Cuando uno cambia de emoción, cambia de dominio de acción” (MATURANA 1997, p. 15)

Según esta posición, cuando estamos bajo cierta emoción hay cosas que podemos hacer y cosas que no, y aceptamos como válidos ciertos argumentos que no aceptaríamos bajo otra emoción. Todo sistema racional se constituye en el operar con premisas aceptadas *a priori* desde cierta emoción. Maturana rechaza la definición de un fundamento trascendental para lo racional que le diera validez universal. El fundamento emocional de lo racional no es una limitación, sino su condición de posibilidad.

Las emociones están vinculadas con lo social y con el lenguaje. Lo peculiar humano reside en el lenguaje y en su entrelazamiento con las emociones. El lenguaje tiene que ver con coordinaciones de acciones consensuales, y por lo tanto está fundado en una emoción particular que es el amor. El amor, dice Maturana, es la emoción que constituye el dominio de acciones en que nuestras interacciones recurrentes con otro/a lo/a hacen un/a legítimo/a otro/a en la convivencia. Y sin aceptación del/a otro/a en la convivencia, no hay fenómeno social.

Sólo son sociales, entonces, las relaciones que se fundan en la aceptación mutua. Sin esta interacción, se produce separación y destrucción. Si en la historia de los seres vivos hay algo que no puede surgir en la competencia, eso es el lenguaje. Puede surgir solamente en la coordinación de conductas consensuales surgidas en la operacionalidad de la aceptación mutua. Habrá relaciones humanas no basadas en el amor, pero no serán relaciones sociales.

Por lo tanto, para Maturana no todas las relaciones humanas son sociales, y tampoco lo son todas las comunidades humanas, porque no todas se fundan en la operacionalidad de la aceptación mutua. Pensar la filosofía y la ciencia

desde esta perspectiva puede ser escalofriante. Las feministas, analizando la no aceptación de lo femenino como rasgo de lo humano, hemos experimentado este escalofrío.

Puede argumentarse que así como la falta de capacidad perceptual puede ser una desventaja en el intento de negociar con el mundo; similarmente una falta de respuestas emocionales adecuadas puede obstruir nuestro intento de ver correctamente el mundo y actuar correctamente en él (NUSSBAUM 1990). Prestar atención a las emociones, entonces, lejos de ser una debilidad, evita fallas cognitivas y morales.

Estrechamente relacionada con la reluctancia a reconocer aspectos cognitivos de la emoción, y con su consecuente vinculación con lo femenino, está la cuestión de la pasividad. La pasividad tiene una relación ambigua con la subjetividad. En un aspecto, marcados por la mala reputación de las “pasiones” que se apoderan de nuestra conciencia contra nuestros deseos, los filósofos han considerado la pasividad de las emociones como evidencia de su subjetividad. En otro aspecto sin embargo, en los últimos años los filósofos han notado que la pasividad de las emociones es a veces precisamente análoga a la pasividad de la percepción.

Podríamos pensar que un abordaje fructífero para el análisis de las emociones lo constituye la fenomenología, por su estrategia subjetivista, su reconocimiento de la intencionalidad y su protagonismo del cuerpo. Sin embargo, las emociones sólo recientemente han sido de interés para la fenomenología. Para Donn Welton, una distinción sumamente importante introducida por Husserl es la que existe entre el “cuerpo físico” (*Körper*) y el “cuerpo vivido” (*Leib*), entre el cuerpo bajo la descripción científica objetivante y el cuerpo bajo una descripción experiencial. Lo genial de la noción fenomenológica de cuerpo vivido –dice– es que genera la noción desde la *experimentación* del cuerpo. Su morfología surge no sólo por la familiarización del infante con la imagen visual de su cuerpo, sino más básicamente con sus superficies sentidas al tacto (DONN WELTON 1998). El hecho de que en su reciente compilación de trabajos fenomenológicos sobre el cuerpo Welton haya seleccionado muchas teóricas feministas, y esta distinción entre la cualidad visual (típicamente masculina) y la táctil (típicamente femenina) para desarrollar dos versiones diferentes de corporalidad, muestra cómo la filosofía feminista ha permeado con sus preocupaciones el campo intelectual contemporáneo.

Con el cuerpo vivido, la fenomenología descubre un terreno escondido, un campo no sintetizable de significación, que da cuenta de la encarnación del pensamiento; muestra cómo el conocimiento encuentra sus raíces en lo que no puede ser encerrado en el círculo de sus propias reflexiones. Pero tanta ganancia vino con un costo. La deficiencia primaria de la noción fenomenológica del cuerpo es que no estuvo en condiciones de hacer justicia al elusivo dominio de los sentimientos, a las pasiones, a lo que Freud durante este mismo tiempo hubiera planteado como el problema del *eros*. La explicación de la afectividad se centró alrededor de la disputa de la naturaleza de una estética trascendental, y así fue circunscripta por las preocupaciones de la epistemología. Tenemos el cuerpo en un registro experiencial, pero aún no fue aprisionado en el conflicto de los deseos, ni agobiado por sus propias pasiones.

Esto es lo que Welton llamará la cuestión de la afectividad. Lo que pretende es desarrollar una noción del cuerpo que atienda no sólo a sus formas y superficies, sus esquemas de ingreso y egreso, sino también a sus ritmos, vapores y flúidos, al juego de fuerzas activas y reactivas, y entonces a su rol en la configuración de los afectos en general y el afecto en particular. Sintetizando, quiere profundizar la caracterización del *cuerpo vivido* por una noción de la *carne*.

Un interjuego entre el cuerpo y la afectividad que significa que el cuerpo no es sólo una “tabula rasa” donde se inscriben las fantasías de la cultura sobre la diferencia sexual, o una pantalla donde se proyectan los deseos de la madre. No es meramente dócil, una víctima o un paciente disecado por las manos de prácticas epistémicas que determinan sus rasgos materiales. Antes bien, el cuerpo es un nexo tanto “accional” como “relacional” de constitución con cierta morfología y cierta intensidad patética y valores en juego que no es reducible al campo de los significados socialmente constituidos. Un cuerpo patético, en las antípodas de la apatía estoica.

La carne, salvaje y activa, hace su propia demanda.

## BIBLIOGRAFIA

MATURANA, Humberto (1997) *Emociones y lenguaje en educación y política* , Santiago de Chile, Granica

NORMAN, D. A. (1981) "Twelve issues for cognitive science" en D.A. Norman (ed) *Perspectives on cognitive science* , Hillsdale, N.J.Erlbaum.

NUSSBAUM, Martha (1990) *Love´s Knowledge* , Oxford, Oxford University Press.

ORTONY, A., CLORE, G. & COLLINS, A. (1988) *The Cognitive Structure of Emotions* , Cambridge, Cambridge University Press.

SCHUTZ, A. & LUCKMANN, T. (1973) *Las estructuras del mundo de la vida* , Buenos Aires, Amorrortu.

SOUZA, Ronald de (1994) "Emotion", en S. Guttenplan (ed) *A Companion to the Philosophy of Mind* , Oxford, Basil Blackwell

WELTON, Donn (ed) (1998) *Body and Flesh. A Philosophical Reader* , Oxford, Basil Blackwell

WELTON, Donn (1988) "Affectivity, Eros and the Body", en Welton, D. *Body and Flesh* (pp 181 a 206)